

para que juzgue al mundo, ántes bien para que éste se salve, sino porque no creyendo éste en sus palabras, tropezan y caen en esta piedra de escándalo. Por esto nos lo demuestra el Espíritu Santo en este día, como principio de ruina para muchos: *Positus est hic in ruinam.*

Ahora yo quisiera que mi voz llegase á los cuatro ángulos de la tierra; yo diría á los pueblos que habiendo conocido y abrazado la fé la despreciaron: ¡Oh hombres! No os glorieis ni en las combinaciones de vuestra política, ni en el número de vuestras naves, ni en el valor de vuestros ejércitos; habeis abandonado el centro de verdad, habeis subyugado con la intriga medio mundo; pero habeis tropezado con esta piedra; tres siglos de prosperidad son nada; un día vendrá para cada uno, en el cual vereis que habeis errado en vuestros proyectos, y caminado á vuestra ruina: *Positus est hic in ruinam.* Yo hablaría á los pecadores, y les diría: Esos placeres en que os revolcais, esas riquezas que son el objeto de vuestra adoracion, esas diversiones en que ocupais toda vuestra vida, tendrán fin, y vuestra vanidad, vuestro lujo no os acompañarán más allá de la tumba; y entónces vereis que por haber vilipendiado la moral saludable de este Niño, habeis abierto el abismo de vuestra perdicion: *Positus est hic in ruinam.* Y tú, ¡oh incrédulo! tiembla; ese alto desprecio que haces de este Dios humillado, ha ocasionado ya la ruina de tu entendimiento, pues ni tienes un punto fijo de creencia, ni sabes ya lo que es tu alma y tu razon, y aparentas ignorar lo que te sucederá despues del sepulcro; pero yo te lo diré con el santo Job (cap. xx, 4): Aunque suba tu soberbia hasta el cielo, aunque tu cabeza toque á las nubes, al fin se ha de allanar y perder como un muladar; y cuantos te habian visto tan arrogante, preguntarán: ¿dónde está? *Ubi est?* Desaparecieron sus locuras, se acabaron sus sueños, y se estrelló contra la fuerza del Dios, que aborreció: *Positus est hic in rui-*

nam. Vosotros temblais, amados míos; pero consolaos, pues Jesus es tambien el principio de nuestra santificacion, como lo demuestran las palabras que habeis oido del santo Evangelio, y os lo explicaré en breve razonamiento.

Habiendo Dios criado todas las cosas por el Verbo eterno, y siendo Éste la luz de los hombres, no vino al mundo sino para manifestar la gloria de su Divinidad y redimir al linaje de Adán, proscrito por el pecado: de estos hombres, unos preferirian las tinieblas del error á la luz de la verdad, y otros recibirian á este Salvador, y Éste les daría la prerogativa de ser hijos de Dios, como hermanos suyos, y con ella el derecho á la eterna felicidad. Dios, por su parte, hizo cuanto pudo para sacar al hombre del estado de perdicion; aún hizo más de lo que se podia exigir; pues su justicia, tan vilmente ultrajada, pudiera habernos dejado envueltos entre las ruinosas consecuencias del pecado, sin que por eso hubiéramos tenido motivo de acusarlo de crueldad; pero su misericordia, que, segun David, sobrepuja todas sus obras, se excedió en amar al hombre, enviándole un Redentor que no habia habido para los ángeles. Bajó desde el cielo este Redentor, revestido de toda la omnipotencia de un Dios, para poder derribar el muro de division y quebrantar el orgullo del príncipe de las tinieblas, destruyendo á la muerte y al que empuñaba el cetro de su imperio; salió con pasos majestuosos como un gigante dispuesto á andar su camino, y no paró desde lo más encumbrado del cielo hasta el lugar más vil de la tierra, hasta el calvario; y allí fijó en la cruz la escritura de condenacion, sancionada hacía cuatro mil años, despojando así á los principados y potestades, formando un pueblo nuevo, y refundiendo en uno los dos Testamentos: el de la ley y el de la gracia. Pero para que á la vista de la esplendente Divinidad no tuviese que huir el hombre temeroso, encu-

brió toda esta gloria bajo el velo de la carne, para atraer mejor el corazón humano, que no se atreviera á llegarse al Dios de la majestad. Y ¿cuál era el objeto de esta humillación de un Dios que es feliz en sí mismo y en nada tiene necesidad de la criatura? Renovar al hombre, santificarlo, justificarlo, y áun deificarlo, haciéndole partícipe y consorte de la naturaleza divina. Hé aquí la gran obra de la Redención; hé aquí el fin de la venida de Jesucristo; y si no hubiese venido para borrar los pecados del mundo; si con su sangre no hubiese podido lavar las manchas de la culpa, en vano hubiera muerto, dice San Jerónimo; en vano hubiera dicho el Bautista: «Este es el Cordero de Dios, éste es quien quita los pecados del mundo.» (*Ep. ad Ocean.*) Muerto, pues, Jesucristo una vez por los hombres, les adquiriría la gracia, con la cual siguiesen sus ejemplos y procurasen imitar sus virtudes, y esto ve el santo Simeon en el Niño que lleva en sus brazos, y por eso lo llama salud de Dios preparada ante todos los siglos, y puesto como señal de salvación para todos los pueblos; luz de las gentes, gloria de Israel, y, en fin, principio y causa directa de la salvación de muchos: *Et in resurrectionem multorum.*

El sacrificio que hoy hace Jesús de sí mismo en el templo, era el preludio de los que harían las almas que le seguirían; siendo Él el primogénito entre sus hermanos, había de ser en consecuencia el tipo de imitación, para que los justos saliesen conformes á la imágen del Hijo de Dios. Demos una mirada de nuevo al Niño que hoy es presentado en Jerusalén. ¿Qué sacrificio ofrece al Eterno Padre? Un sacrificio noble, porque siendo Rey de la gloria, encierra todos los resplandores de su luz inaccesible entre la estrechez de un cuerpo mortal; un sacrificio generoso, porque siendo Señor y dueño de cielos y tierra, hace una renuncia total de cuantos homenajes podían rendirle sus criaturas, y con los cuales demostrasen que

habían sido hechas por Él y para Él; un sacrificio penoso, pues se condena á padecer hambre, frío y desnudez, y á sufrir injurias atroces, denuestos crueles, persecuciones injustas, infamias no merecidas, agonías mortales, traiciones alevosas, azotes y espinas, bofetadas y escarnios, abandonos, dolores, oprobios y clavos, cruz y muerte; sacrificado, pues, Jesús de este modo, se hizo, según San Pablo, causa de salud eterna para cuantos le obedeciesen: *Consummatus factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis æternæ* (*Hæb. cap. v, 9*), y conmovidos los hombres con un ejemplo tan admirable, se despertaron del sueño del pecado, rompieron las cadenas de la culpa, murieron en ellos la soberbia y la embriaguez, la avaricia y la lubricidad, y pulularon en sus almas la humildad y la abstinencia, la pobreza y la castidad, como afirma Teofilacto, resucitando todos en Cristo, y procurando imitar la vida del cordero de Dios: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Sí, amados míos; todo el celo de los Apóstoles, toda la constancia de los mártires, todas las vigilias de los Doctores, todas las austeridades de los confesores, no tienen otro origen que este niño, que hoy nos da ejemplo de humildad en Jerusalén; la pureza de las vírgenes, las maceraciones y ayunos de los anacoretas, todas están encerradas en el sacrificio que Jesús hace de su cuerpo y alma; hasta hoy se han gloriado los hombres en la abundancia de las riquezas, en la muchedumbre de los placeres, en el fausto y vanidad, en la superioridad de los talentos, en las glorias de las armas y en los lauros que el mundo da á sus secuaces; desde hoy no se han de gloriarse sino en tomar la Cruz con Jesús, en abandonar los objetos más queridos, en despreciar las riquezas, en hollar los honores, en ser atormentados y muertos por amor de Jesús; hasta hoy los príncipes del mundo no meditaban sino nuevas conquistas con que engrandecer su nombre

y dilatar sus dominios; desde hoy, con el ejemplo del Rey de los reyes, abandonarán las gradas de su trono, arrojarán su cetro y corona, y mudarán el ruidoso aparato de una corte lujosa por el silencio de una soledad tétrica, y la ondeada púrpura y recamado manto por el austero saco y el cilicio penitente. Desde este punto, aquellos sabios que habian admirado á los mortales con sus talentos, que habian empleado sus dias en estampar sus ideas para adquirir la inmortalidad de la fama mundana, que á fuerza de adulaciones y aplausos se habian creido semidioses en la tierra, han de arrojar la pluma de donde habia salido tanto tósigo, han de confesar su ignorancia, se han de humillar y decir con San Pablo: «No somos capaces de pensar nada con nuestros propios talentos; cuanto somos y cuanto decimos, todo nos viene de Dios.» ¡Qué trastorno tan grande hay en la tierra desde que Jesus se ofrece en sacrificio! ¡Qué fuerza penetra el corazon humano! ¡Qué luz ilustra los entendimientos! Los niños que temblaban ante la débil férula de un pedagogo, ahora se presentan á los tiranos, les echan en cara sus errores que quieren defender con la crueldad, no tiemblan ante los verdugos, desprecian los potros y los fuegos, se rien de las cadenas y de la espada, y triunfan de la barbarie y de la muerte. Las vírgenes, que ántes no aspiraban sino á un enlace ventajoso, ya no suspiran sino por su union con Jesus, prefiriendo su amor á todas las riquezas, y postergando las glorias de una corona, los honores de un cetro, los laureles de un ilustre guerrero, por amor de Jesus, que es su esposo, su gloria y su corona. Los hombres que ántes no conocian ni áun los rudimentos elementales de su idioma, se revisten de una sabiduría tan consumada, adquieren una elocuencia tan singular, que confunden á todos los filósofos, convencen á todos los sofistas, y convierten á todo el mundo con la fuerza de su doctrina; y ¿de dónde tanta virtud? ¿De dónde tanta

fuerza? De este Niño, dice San Bernardo (*Serm. xv in Cant.*) En Jesus Dios nos llamó á su admirable luz, é iluminados con ella, podemos decir á todos los hombres con el Apóstol: «En otro tiempo fuísteis tinieblas; pero ahora sois luz en el Señor. En otro tiempo estuvísteis sentados en las tinieblas de la muerte; pero ahora habeis visto una nueva luz, y guiados por ella, habeis empezado á marchar por las sendas de la virtud.» *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

No lo dudeis, amados míos; por penoso que sea el sacrificio que deba hacer el hombre por amor de Dios, nunca llegará á serlo tanto como el que hizo Jesus de sí mismo; por insuperables que sean las dificultades, por insufribles que parezcan las penalidades, las de Jesus son mayores, y así encontramos en ellas un ejemplo que nos debe animar á no ceder á los peligros, ni sucumbir á los trabajos; si es necesario exponerse á los tormentos, sufrir escarnios y azotes, cadenas ó cárceles, ser apedreados y despedazados, atribulados y muertos al filo de la espada; si por Jesus los hombres se ven obligados á andar errantes en las soledades, fugitivos en los montes, escondidos en las horadadas cuevas de las selvas, pobres, menesterosos, angustiados y afligidos, nada importa, todo lo pueden en el que los anima con su ejemplo y los conforta con su gracia; si por Jesus es necesario arrostrar los peligros, desafiar á los elementos, arrojarse á la muerte, todo lo podemos en él, que nos conforta; demos que nuestro sacrificio sea grande, pero no será único ni singular, pues ántes hemos visto á este Jesus perseguido por los tiranos, fugitivo entre las naciones bárbaras, insultado por los sabios, despreciado por los ignorantes, dando testimonio de la verdad, y siendo castigado por ella, vendido por un amigo aleve, negado por un discípulo cobarde, abrevado de oprobios, hecho la mofa del pueblo, comparado con los ladrones, crucificado con los malvados,

abandonado de su Padre, y muerto con la mayor ignominia. ¿Qué le importa, pues, al hombre verse ultrajado por Jesus? ¿Qué le importa dejar las riquezas, abandonar sus amigos, y tomar su cruz para ir en pos de Jesus, cuando sabe que este Jesus nació pobre, vivió pobre y murió pobre; cuando sabe que el discípulo no es de mejor condicion que el maestro; cuando sabe que, así como fué perseguido Jesus, lo ha de ser él; cuando sabe que su mayor alegría ha de consistir en ser aborrecido y escarnecido por los hombres, y en ser perseguido por Jesus y su Evangelio?

¡Ah! ¡Quién pudiera en este momento dibujaros el cuadro admirable de tantos como se han sacrificado por Jesus, y á su imitacion, en los diez y nueve siglos del Cristianismo! Yo os mostraria un número infinito de almas que, como el Apóstol de las gentes, han mortificado su cuerpo, resistido á los deseos de la carne y crucificádola con Jesus, y abstraídos de las cosas del mundo, no vivian en sí mismos, sino que Jesus era quien vivia en ellos: yo os haria ver millares de almas generosas que, como los Lorenzos y Vicentes, han ofrecido su cuerpo á los fuegos, despreciando su existencia por la ley de Dios, alegres y contentos por verse despedazados por amor de Aquel que ántes lo habia sido en la Cruz. Pero mi espíritu no puede abrazar un espacio tan dilatado, ni mi vista es capaz de divisar tanto rayo de luz, ni mi lengua articular tantas proezas de heroismo como han ejecutado los ilustres confesores que, á imitacion de Jesus, sacrificaron sus cuerpos á los ayunos y las vigiliass, y sus almas á la oracion y las lágrimas; las heróicas vírgenes que han pisoteado el mundo y sus placeres y seguido á este Cordero inmaculado, encerrándose por su amor en los monasterios, como las Teresas y las Claras, ó huyendo del mundo, como las Rosalias, ó entregándose á los tormentos, como las Eulalias; yo sólo podré decir que los

grandes pecadores encontraron en Jesus el principio de su santificacion; que de un Saulo perseguidor de la fé, hizo Jesus un vaso de eleccion; que de un Agustin incrédulo y hereje, salió un doctor consumado, una columna de la fé, un ejemplo de penitencia y humildad, y esto anima mi corazon para poder levantar mis ojos al cielo, pidiendo gracia al que es principio de nuestra salud y causa directa, única é inmediata de nuestra santificacion y de la resurreccion de la muerte del pecado á la vida de la gracia: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Mas para que Jesus sea para el hombre principio de resurreccion espiritual, le ha de hacer un sacrificio generoso de sí mismo y de todas sus cosas: de nada sirve renunciar al mundo en el Bautismo, si luégo amamos sus pompas y nos dejamos arrastrar de sus placeres halagüenos; y esto hacen las almas que quieren reunir la vida cristiana con los miramientos del mundo; que hacen profesion de vida arreglada, y, sin embargo, se ocupan demasiado en dar gusto al mundo, en no dejar pasar un punto de honor, ó incurrir en falta con el mundo, haciendo así una amalgama ridícula de religion y de vanidad, de piedad y de disipacion; para tales personas Jesucristo no puede ser causa de resurreccion, pues no se dan á Él en un todo; de poco aprovecha decir que nos damos al Señor, si no tenemos paciencia para sufrir las injurias, ni valor para soportar las ligeras incomodidades; es indispensable sacrificarse con generosa resolucion de humillar nuestro amor propio, de sujetar nuestro genio, de reprimir la altivez de la voluntad, sujetándonos á toda criatura por amor de Jesus; es menester no tener apego á las cosas de la tierra; no sólo á las riquezas y tesoros, no sólo á los honores y dignidades, sino áun á las más mínimas, reputando por basura y nada todo lo que no sea el amor de Jesus; de modo que, absortos siempre en este amor, podamos decir con David: «En el cielo y en la

tierra nada tengo fuera de Tí, ¡oh Dios de mi corazón, mi tesoro y mi herencia!» Este es el sacrificio que nos enseña hoy Jesús en el templo, y decidido el hombre á imitarlo, con la gracia de este Niño, camina con pasos de gigante por las sendas escabrosas de la virtud, sin mirar sino á Jesús, que es el que le da fuerzas para vencer al mundo y á sí mismo: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Concluyamos, pues, reduciendo á dos las misteriosas verdades que encierran las palabras proféticas del Santo Simeon. Jesucristo, cuya venida al mundo sólo tenía por objeto la salvación del hombre, es ocasión de la perdición del malo, que no cree en él ó ataca su doctrina, y vedlo en dos palabras: el demonio fué el primero que se estrelló en esta piedra escogida; en toda la vida de Jesús no cesó de seguir sus pasos, advirtiéndole en él una virtud distinta de la de todos los Profetas; y conociendo ó sospechando que era más que hombre, lo tentó para saber si era hijo de Dios; habiendo quedado tan confuso como ántes, y siendo vergonzosamente derrotado por las respuestas del Salvador, se apoderó de los espíritus de los escribas, excitando en ellos un odio mortal contra Él, y conduciéndolos al extremo de crucificarlo; y entonces, con gran sorpresa suya, se ve vencido y encadenado al pié de la Cruz, y encerrado en el pozo del abismo por Aquel mismo que ántes perseguía encarnizado; á su imitación, los herejes é impíos han querido examinar las sendas de este Dios; han pretendido escudriñar su majestad, y se han visto oprimidos por su gloria; el mundo, siguiendo las máximas de los príncipes de las tinieblas más que las de Jesús, ha visto sus milagros, ha palpado su poder divino, se ha admirado de sus virtudes, y no ha querido adoptar su moral, y así Jesucristo, que había de ser para el hombre un principio de salvación, se convierte en ocasión de ruina y perdición irremediable. Esta

es la primera verdad que nos enseña el Espíritu Santo por boca de Simeon, y la segunda no tengo que repetir-la, amados míos, pues bien sabéis que si en Jesús se estrelló la rebelde sinagoga y el licencioso paganismo; si Jesús fué ocasión de ruina para los herejes y los incrédulos; si Jesús venció al mundo que no quiso seguir su doctrina, también se levantaron almas innumerables, y corrieron tras el suave olor de sus virtudes; también sabéis que este Jesús, semejante á un guerrero ilustre por sus hazañas y afamado por sus victorias, elevó su sagrada bandera, y vinieron á prestarle juramento de fidelidad los Emperadores y Reyes, los grandes y los pequeños, los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los niños y los ancianos, formando con ellos un ejército de escogidos, que á su rededor le tributan homenajes de amor y reconocimiento, porque fué muerto y los redimió con su sangre, eligiéndolos de toda tribu, lengua y nación, y elevándolos de la miseria del pecado á la dignidad de ciudadanos del cielo: *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.*

Siendo esto así, conformemos nuestras obras con nuestra creencia, para que no se destruya por nuestra culpa el fruto de aquella sangre derramada para darnos vida. Jesús es principio y fuente de donde manan las aguas de la gracia con que nos santificamos; pero si nosotros no abrimos nuestro corazón á este Esposo de nuestras almas, todo se destruye; si, como Él mismo lo afirma en los Cantares, le abrimos la puerta cuando nos llama, entrará y cenará con nosotros; pero si no, se irá y nos abandonará; temblad, pues, pecadores; este Jesús se presenta hoy al templo á ofrecer su sangre, que ha de correr á torrentes un día por vuestro amor; si la despreciáis, esta sangre, que clama mejor que la de Abel, esta sangre que está pidiendo misericordia, reclamará contra vosotros todos los rigores de la justicia divina. Pero vos-

otras, almas justas, no temais; estando con Jesus, no hay condenacion que temer; si os ataca el enemigo, con Jesus saldreis victoriosas; si os afligen las tribulaciones y trabajos, con Jesus se os harán dulces y llevaderos; venid, pues, en espíritu al templo santo; llegad á las sagradas aras donde se ofrece Jesus, y allí derramad vuestro corazón, ofrecedlo junto con esta sagrada víctima; consagradle vuestro amor y vuestra vida, y entónces podremos en la muerte estrechar á este Dios en nuestros brazos como el santo Simeon, y decirle, al ver ya los resplandores de la eternidad: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.* Vos habeis sido el objeto de mi amor en la vida; con vuestra gracia vencí al mundo, y lo desprecié con vuestra ayuda; sobrellevé los pocos trabajos de la vida mortal, y ahora vas á cumplir tu palabra introduciéndome en la Jerusalem celestial, embriagándome con la abundancia de tu casa, y dándome á beber los torrentes de tus delicias. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Yo os bendigo y os adoro, porque, mirándome con ojos de piedad, me habeis lavado con tu preciosa sangre, y me habeis hecho partícipe de aquella salud eterna que preparaste á los pueblos y naciones, y ahora la voy á ver con mis propios ojos. *Lumen ad illuminationem gentium et gloriam plebis tuæ Israel.* Vos habeis sido la luz que me ha guiado en la dificultosa carrera de la vida; con ella me habeis ilustrado, para que no me sorprendiesen las tinieblas del error, ni durmiese en la noche de la culpa, y desde ahora sereis mi corona y mi gloria por toda la eternidad. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

EN LA BENDICION DE UN ALTAR NUEVO

dedicado á

MARÍA SANTÍSIMA, CON EL TÍTULO DE LAS ANGUSTIAS.

Omnes viri ac mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jussisset Dominus.

Todos los hombres y mujeres ofrecieron dones con alma devota, para que se hicieran las obras que Dios habia mandado.

(Exodo, cap. xxxv, vers. 29.)

El dia más festivo en una familia es sin duda aquel en que se reúnen los hijos al lado de su madre amorosa para celebrar el dia de su nacimiento, ofreciéndola al mismo tiempo una expresion de su amor y gratitud. Es este un espectáculo tierno y venturoso á la par para los hijos y para la madre: ella recuerda los trabajos que padeció para darlos á luz; los afanes del tiempo de la lactancia; los desvelos que ocasionára la inocente niñez, y quizás los disgustos casi necesarios en el trascurso de la mocedad agitada por la fuerza de las pasiones: ellos no pueden ménos de tener presentes aquellos cariños que les fueron prodigados en su edad infantil, aquellas correcciones amorosas, aquellos avisos saludables, en fin, aquel amor de madre, que es el más puro, el más santo, el más natural y simpático de todos los amores, despues del amor que debemos á nuestro Criador; y al ponerse en contacto dos reminiscencias tan puras y cariñosas, no pueden ménos de producir los más grandiosos efectos.